

NEW LEFT REVIEW 149

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2024

ARTÍCULOS

ANTON JÄGER	Hiperpolítica, USA	7
PERRY ANDERSON	Fredric Jameson	21
FREDRIC JAMESON	<i>Agón: La Ilíada</i>	43
MARC ANDRÈ	Argelia en los archivos	109
EMILIE BICKERTON	El autor como forajido	129
JEREMY ADELMAN & PABLO PRYLUKA	Transiciones latinoamericanas	151

CRÍTICA

EMMA FAJGENBAUM	El defensor del imperio	179
NIC JOHNSON	La sobreabundancia de riquezas	191

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



PERRY ANDERSON

FREDRIC JAMESON

1934-2024

FRED JAMESON, INCESANTEMENTE productivo hasta el final, falleció el pasado mes de septiembre a los 90 años. Su legado es tan amplio que ningún intento breve de medirlo es factible. He escrito sobre partes de su obra en dos ocasiones, cuya repetición estaría fuera de lugar en este momento. Parece mejor limitarme a decir algo, inevitablemente personal, acerca de una relación que se ha prolongado durante cincuenta años y que ha sido enormemente importante para mí como lo ha sido para la *New Left Review* (NLR).

Desde el comienzo fui consciente de que existían diferencias significativas entre nosotros. La edad no era la única. Cuatro años mayor, Fred hablaba con fluidez más idiomas, tenía un conocimiento mucho más amplio de la cultura europea, era mejor conferenciante, y como pensador y escritor poseía otro orden de imaginación. De estilo afable e informal, era asombrosamente equilibrado como ser humano. Podía mostrarse intensamente serio o alegremente divertido, según lo requiriesen la ocasión o el estado de ánimo. Poseía una erudición enorme, pero su autoridad no resultaba intimidatoria. Inferior en intelecto y en carácter, nunca me sentí sojuzgado por ello. Pese a ser una fuerza de la naturaleza, era demasiado exuberante e igualitario para inducir ese tipo de sensación en los demás.

Aparte de ese tipo de diferencias, había otras dos. Ninguno de los dos estábamos demasiado apegados a los países en los que nos habíamos educado y vivido, pero no podíamos evitar estar modelados en ciertos aspectos por ellos; y existía un océano entre ambos. Fred raramente puso un pie en Gran Bretaña. Yo tenía casi cuarenta años cuando conseguí viajar a Estados Unidos, ya de adulto. Con el tiempo los vestigios de

esas grietas fueron desvaneciéndose cuando yo empecé a trabajar regularmente todos los años durante un cierto periodo en Estados Unidos, pero no llegaron a desaparecer por completo. Quizá fuese más duradero el contraste temporal que el espacial. Fred era un producto de la década de 1950 tal y como se vivió en Estados Unidos: cursó la universidad en tiempos de Eisenhower. Se doctoró por Yale y al final de la década daba clase en Harvard. En Inglaterra, la segunda mitad de la década de 1950 fue una época tempestuosa para los universitarios. Entré en Oxford en octubre de 1956. Un mes más tarde, había estallado una revuelta popular en Hungría y las tropas anglo-francesas respaldadas por los israelíes estaban atacando Egipto para asegurarse el control del Canal de Suez. Dieciocho meses después, el ejército francés tomó el poder en Argel y derrocó la Cuarta República en París, que se halla a unas pocas horas de distancia de Londres. Para los estudiantes británicos, el resultado pudo ser una politización mucho más intensa e incontenible de lo que era común en Estados Unidos, donde la Nueva Izquierda emergió mucho más tarde que la británica. Cuando, a su debido tiempo, Fred envió a *NLR* un borrador de su famoso artículo titulado «Periodizing the Sixties», solicitando comentarios sobre el tema, uno de los que recibí fue que los años pertinentes quizá debieran situarse con más exactitud en el periodo 1956-1974 y no literalmente en la década 1960-1970. En ese sentido más amplio, yo fui en mayor medida un producto de la década de 1960 que de la de 1950.



Si estas eran las diferencias existentes entre nosotros, ¿qué teníamos en común? Ambos éramos marxistas, pero de un tipo especial, puesto que cada uno de nosotros exploraba un marxismo poco común en el mundo anglosajón, que confiábamos introducir a los lectores de nuestro país. Contraponiéndolo a las versiones soviéticas, Fred lo denominó «una tradición relativamente hegeliana», que produjo la cohorte de los pensadores dialécticos de Alemania y Francia –Adorno, Benjamin, Marcuse, Bloch, Lukács y Sartre– a los que dedicó su primera obra verdaderamente influyente, *Marxism and Form*¹. Era una tradición a partir de la cual esperaba que la crítica literaria que él enseñaba en Estados Unidos pudiera desarrollar las ideas que necesitaba para descifrar las

¹ Fredric Jameson, *Marxism and Form: Twentieth-Century Dialectical Theories*, Princeton (NJ), 1971, pp. ix y ss.; ed. cast.: *Marxismo y forma. Teorías dialécticas de la literatura en el siglo XX*, Madrid, 2016.

formas de la producción estética de un tiempo en el que muchos de los hitos del mundo de estos predecesores habían quedado arrasados e insertos en el nuevo universo del capitalismo de consumo. Trabajando en paralelo aproximadamente durante la misma época y abordando los mismos personajes que Fred estudiaba, yo amplié la parrilla de pensadores relevantes y los territorios de los que procedían para abarcar no solo Alemania y Francia, sino también Italia, añadiendo a su lista, así, a Korsch y Brecht, a Lefebvre, Goldman y Althusser, y a Gramsci, Della Volpe y Colletti. Al hacerlo, coincidí con Fred en que este era un marxismo fundamentalmente distinto de las versiones soviéticas, pero me aparté de él al incluir de hecho a teóricos resueltamente antihegelianos: denominé simplemente al conjunto «marxismo occidental» y situé su génesis en la derrota de los sucesivos intentos de emular la Revolución de Octubre en Europa después de la Primera Guerra Mundial, así como en el estancamiento de los partidos comunistas europeos una vez instalada la Guerra Fría.

El resultado fue un análisis de corte más histórico y crítico del tipo de marxismo que me interesaba que el ofrecido por Jameson, pero también aproximaciones mucho más sucintas a los pensadores protagonistas del mismo, comparadas con el tratamiento dado por él al elenco que había seleccionado. *Considerations on Western Marxism* ocupaba la cuarta parte de *Marxism and Form*: se trataba de una moneda mucho más liviana de la misma divisa. Su borrador inicial (1974) acababa sosteniendo que las revueltas masivas de 1968 presagiaban el fin de la separación forzosa entre teoría y práctica en el marxismo occidental, la cual había provocado una deriva desde las cuestiones del poder a los problemas de la cultura, posibilitando una renovación de algo más parecido al marxismo clásico de las generaciones que participaron en la Revolución de Octubre y en sus secuelas frustradas en Italia y Alemania. Fue esta una conclusión que dividió al comité editorial de la *NLR*, de modo que cuando el texto se publicó dos años más tarde en forma de libro, añadí un epílogo en el que indicaba cuáles creía yo que eran también los límites retrospectivos de ese legado precedente².

En consecuencia, el «marxismo occidental» fue el vínculo original en nuestra relación. Había también una veta más específica en él. *Marxism and Form* trataba sobre cuatro pensadores alemanes y uno húngaro, a

² Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, 1976, pp. 95-106, 109-121; ed. cast.: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, 1979.

quienes se dedicaba la mitad del libro, seguidos por un análisis, que constituía el capítulo más largo del mismo, sobre la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre en el que Fred hacía referencia varias veces al primer libro que había escrito, *Sartre: The Origins of a Style*, publicado en 1961, cuando no había alcanzado aún la treintena³. Y de hecho la influencia principal en mi propio descubrimiento de lo que yo acabaría considerando como marxismo occidental fue también Sartre⁴. Hubo incluso una fuente secundaria común de aprecio hacia este. Cuando estudiaba literatura francesa y rusa en Oxford, uno de mis libros favoritos era *The Contemporary French Novel* de Henri Peyre, que contenía capítulos sobre Malraux, Camus, Sartre y otros escritores. Peyre fue supervisor de Jameson en Yale, sin cuyo estímulo y consejo, escribió en el prefacio, su primer libro sobre Sartre no habría sido posible⁵. En el penúltimo libro que Fred publicó antes de morir, se refirió a nuestra formación común por el existencialismo sartreano. A ello se unía, y se trata de la última cosa que compartíamos, una aversión radical, ejemplificada por Sartre, al anticomunismo rutinario de Occidente en la época de la Guerra Fría.

Estas afinidades intelectuales existían antes de que se hubiera producido contacto personal alguno entre nosotros. Después de leer *Marxism and Form* le escribí un par de veces en vano pidiéndole, que escribiese una introducción a la traducción de *Minima Moralia* de Adorno, cuya publicación estábamos preparando para New Left Books (la editorial precursora de Verso), o bien un artículo acerca del trabajo de Sartre sobre Flaubert para la *NLR*. En la primavera de 1974 nos encontramos por primera vez, cuando él se encontraba de paso por Londres y dos años después logramos una colaboración suya, cuando aceptó escribir el epílogo a la

³ F. Jameson, *Marxism and Form*, cit., pp. 211, 214, 223, 235.

⁴ Asombrosamente, fue el mismo libro de Sartre, la novela *La edad de la razón* (1945), leída por ambos en el colegio, el que primero impactó en Fred «como un rayo» en torno a 1950; lo mismo me sucedió a mí en 1955.

⁵ Fredric Jameson, *Sartre: The Origins of a Style*, New Haven (CT), 1961, p. xii. Henri Peyre (1901-1988) fue uno de los tres profesores clave en la juventud de Jameson, junto con Wayne Booth, en Haverford College, y Erich Auerbach, a quien Peyre llevó a Yale. *Normalien y agrégé* que obtuvo su primer trabajo en Estados Unidos en Bryn Mawr en 1925, la eminencia de Peyre como académico francés en Estados Unidos superaba a la de Jacques Barzun, un liberal de derecha, conmemorado recientemente por Ross Douthat, que ejerció en mayor medida de divulgador. Muy a la izquierda de Barzun, Peyre publicó un encomio de Sartre en la serie *Columbia Essays for Modern Writers* de esa universidad en 1968. En la vejez se volvió, y él lo sabía, más conservador, pero se mostraba «orgulloso de no haber pasado, como reacción, a condenar el socialismo y cualquier esperanza de instaurar un régimen generoso en mi país natal».

serie de intercambios entre Bloch, Lukács, Brecht, Benjamin y Adorno, que habíamos preparado para New Left Books bajo el título *Aesthetics and Politics*. Las cuatro presentaciones empíricas, de carácter histórico y político, de estos textos las escribí yo en su mayor parte. La conclusión de Fred, que razonaba en un nivel teórico y proposicional más elevado, reflexionaba sobre los significados y las metamorfosis de la oposición, tal y como era entendida por los actores en estos debates, entre realismo y modernidad, y las posibles resoluciones al punto muerto, que se había instalado entre ambos conceptos tras la guerra. Si se deseara disponer de un ejemplo de la diferencia existente entre nuestras respectivas formas de trabajar, este sería tan bueno como cualquier otro⁶.

En 1978 Immanuel Wallerstein, que había creado el Fernand Braudel Center en honor al historiador francés en la State University of New York en Binghamton, me contrató para que enseñara en el mismo durante seis semanas anuales, cosa que hice hasta 1984 momento en el que pasé a dar clases un semestre al año en la New School of Social Research de Manhattan hasta 1987, para a continuación incorporarme a enseñar dos trimestres anuales en la UCLA. A partir de entonces, por lo tanto, estaba desde el punto de vista geográfico lo suficientemente cerca de Fred como para visitarlo desde cualquiera de las dos costas, ya estuviera él todavía instalado en Yale o de vuelta en California para pasar temporadas en San Diego, donde había enseñado durante una década, o finalmente en Duke, Carolina del Norte. Fue entonces cuando dejamos de ser aliados para convertirnos en amigos, periodo en el que acabé conociéndole como el interlocutor más entretenido y *éblouissant*. Nunca fuimos amigos íntimos, la mera distancia se encargó de ello, pero la totalidad de estos años compartidos están llenos de vívidos recuerdos ligados a él no solo en Estados Unidos, sino en cualquier otra parte del mundo en la que él se sintiese cómodo fuera de su país.



Killingworth, Connecticut, invierno de 1979: conduciendo de noche por la nieve con Fred al volante hacia su vivienda familiar, mientras hablábamos torrencialmente sobre sus compañeros «posderrideanos», para mí todavía misteriosos, de Yale, cena con los gatos mirando intensamente por la ventana nuestra comida: «somos su televisión». *París, primavera*

⁶ Compárense las sucesivas «Presentations» y «Reflections in Conclusion», *Aesthetics and Politics*, Londres, 1977, pp. 9-15, 60-67, 100-109, 142-150, 196-213.

de 1982: coincidí con él en París, iluminado de entusiasmo deleuziano, entre las fiebres franco-polacas de la *rive gauche*. *Urbana-Champaign, verano de 1983*: megaescuela organizada a modo de congreso sobre «El marxismo y la interpretación de la cultura»; corriendo por la mañana bajo magníficos olmos, perplejo por la tarde ante las indicaciones sobre el posmodernismo en las conferencias de Fred, la primera vez que yo, que desdeñaba los mantras de la modernidad en perpetuo movimiento, oía esa palabra; discusiones junto a cada uno de los balcones llenos de moreras repletas de sus frutos. *Londres, verano de 1984*: publicación en la *NLR* de «El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado», el famoso ensayo de Fred, que constituía su primera aportación a la revista, en el que destilaba sus clases en Illinois, convirtiéndolas en un misil que circunnavegó el mundo.

Sur de California, comienzos de la década de 1990: arquitectura/cine, San Diego, nos dirigimos al centro comercial del país de las maravillas posmoderno diseñado por Jerde; Santa Mónica, visitamos la villa de deconstrucción angular de Gehry; *Brentwood, California*, visionado de los vídeos de *Latino Bar* y de *Scénario du film «Passion»*, debatiendo amigablemente sobre ellos. *Changsha (Hunan, China), 1997*: campesinos arando sus tierras delante de la residencia universitaria, ranas croando sus haikus en los estanques, Zhang Xudong y Tang Xiaobing, alumnos de Fred, amablemente excluidos a última hora del congreso organizado por Wang Fengzhen, viejo amigo de Fred; después, vamos a Hong Kong para el «traspaso»: aguacero nocturno, últimos gritos desesperados de los legisladores en las balaustradas del viejo Consejo Legislativo, mientras el yate real partía, invirtiendo las escenas observadas desde Guangzhou en la década de 1920. *Berlín, 1998*: depresión común ante el *Galileo Galilei* representado en el Berliner Ensemble, una estridente vulgarización que Brecht habría odiado, aun siendo un final adecuado para el teatro reunificado que cerró un año después. *Cornell, 2001*: un mes de convivencia en su School of Criticism and Theory, enseñando junto con Jacques Rancière y Deirdre McCloskey, en vísperas del 11-S. *Duke, 2004*: simposio sobre «El futuro de la utopía», que culminó con una fiesta al aire libre para celebrar el septuagésimo cumpleaños de Fred en la granja que él y Susan compraron cuando se mudaron allí, celebración de un queridísimo milagro de instrucción y erudición, festiva en todos los sentidos. *Bergen, 2008*: reunión de amigos de todo el mundo, cuando le entregaron a Fred el Premio Holberg, una animada ocasión

internacionalista finalizada con un emocionante banquete amenizado por las lastimeras *gnossiennes* de Erik Satie.



El proyecto de naturalizar un marxismo occidental ajeno a la anglosfera fue lo que reunió originalmente a Fred con la *NLR*. Pero por supuesto esta no era en absoluto toda su agenda en ese momento, ni tampoco la nuestra. Un año después de *Marxism and Form* Fred publicó *The Prison of Language*, «un análisis crítico del formalismo ruso y del estructuralismo», tradiciones intelectuales no solo distintas, sino realmente alejadas de los tratamientos dialécticos de la literatura, que había abordado en su trabajo anterior. Aunque más tarde entre sus obras se incluyeron libros sobre Adorno, Brecht y Benjamin, estos formaron una pequeña parte de su producción posterior en la que aplicó su propia síntesis de esas influencias originales y una amplia variedad de teorías subsiguientes e intereses más recientes –Lacan, Greimas, Deleuze, Heidegger, Althusser, Lyotard, Žižek, Kluge y otros autores– a todo aquello que se convirtiera en objeto de su curiosidad. Esos intereses pronto rebasaron la literatura en múltiples direcciones: pintura, escultura, arquitectura, música, cine, ópera, psicoanálisis, filosofía, utopismo. De igual modo, la *NLR*, al convertirse en precursora de la introducción del marxismo occidental en Gran Bretaña, no lo hizo puramente como un fin en sí mismo, sino como prolegómeno a la aplicación de sus ideas –y las de otros– al análisis de las realidades históricas y políticas tanto nacionales como internacionales; un programa que incluyó en una medida menor, aunque igualmente destacada, patrones culturales, sobre todo del paisaje ukaniano, sometidos a una acritud ajena a Fred. Gramsci, ausente de su repertorio, fue la principal inspiración en estas incursiones.

Si estas fueron evoluciones paralelas, en mi caso se produjo un alejamiento respecto a ellas. En 1982 di en California una serie de clases en las que lancé un ataque feroz contra el estructuralismo y el posestructuralismo –Lévi-Strauss, Foucault, Derrida, Lacan, Deleuze, Lyotard– durante la marea alta de la reacción parisina contra el marxismo, tanda que fue acompañada por una consideración más templada, pero comparable, de Habermas en tanto que la inversión de una exorbitancia similar del lenguaje⁷. La fuente principal de esta crítica al legado

⁷ Perry Anderson, *In The Tracks of Historical Materialism*, Londres, 1983, pp. 32-67 [ed. cast.: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, 2013]. Cuarenta años

de Saussure fue Sebastiano Timpanaro, un pensador cuya resistencia expresa al marxismo occidental, aun manteniendo en ciertos aspectos una cierta afinidad con él, yo había observado en *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Fred, que no tenía tiempo para Timpanaro y sí mucho para las escuelas intelectuales de Francia a las que este atacaba, difícilmente debió de aprobar mis intervenciones. Pero siendo buena gente, las soportó con silenciosa paciencia; no hubo peleas. En aquel periodo estaba de todas formas muy ocupado con el lanzamiento de *Social Text*, de la que era uno de los tres directores, cuyo primer número salió en 1979, convirtiéndose en una publicación importante y en una referencia para él hasta 1996. Era lo opuesto al individualista estadounidense estereotípico: sujeto colectivo en intereses y perspectivas hasta el fondo⁸.

Al año siguiente, cuando Fred comenzó a exponer su teorización sobre la posmodernidad en Urbana-Champaign, me tomó inicialmente por sorpresa y, como he dicho, me produjo un cierto desconcierto. Pero al final del curso, me había impresionado tanto su fuerza que al regresar a Inglaterra –ya no era director de *NLR*– convencí al consejo editorial de que, fuese cual fuese el tipo de texto en el que se convirtiera, habría que publicarlo, de ser posible. Fred aceptó y la aparición del texto en el verano de 1984 resultó ser un hito para la *NLR*⁹. Aproximadamente durante los seis años siguientes siguió trabajando sobre el tema, hasta que reunió las cuatrocientas páginas que en 1991 se convirtieron en un gran libro, *Postmodernism*, acompañado del mismo subtítulo que el artículo. Antes de que se publicase, impartí en algún momento en la UCLA un seminario conjunto sobre las diferentes explicaciones de lo posmoderno, que a esas alturas ya habían tomado forma, que también incluyó reflexiones adjuntas sobre el presente en Estados Unidos y en otras partes. Después,

después, Jameson presentaría su propio relato sobre las aventuras del pensamiento francés desde la Liberación, publicado poco antes de su muerte con el título de *The Years of Theory* (2024): una obra de tremenda energía intelectual y comunicativa, el más accesible de sus grandes textos, que constituye una culminación adecuada, a un tiempo contrapunto, negación y trascendencia, a la carrera que comenzó con *Marxism and Form*.

⁸ Para una meditación acerca de las paradojas del compromiso de Jameson con lo colectivo como principio y su actitud ante la muerte, que alcanza un nivel mucho más profundo que todo lo presentado aquí, véase Benjamin Kunkel, «Singularity», *NLR-Sidecar*, 26 de septiembre de 2024. Kunkel ha producido también la que probablemente sea la mejor de las muchas entrevistas concedidas por Jameson a lo largo de su vida, que fue realizada en el otoño de 2023 y se publicó en *Paris Review* núm. 250, invierno de 2024.

⁹ Fredric Jameson, «Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism», *NLR* 1/146, julio-agosto de 1984, pp. 53-92.

en Italia, al leer el enorme libro de Fred, y experimentar perplejidad ante buena parte de su contenido, pensé que algún día me gustaría escribir acerca de las ideas expresadas en él. La oportunidad se presentó, cuando New Left Books contrató una colección, que debía titularse *The Cultural Turn*, sobre las reflexiones posteriores de Fred acerca de lo posmoderno, y o bien ellos o bien él, no recuerdo quién, me pidieron que escribiese la introducción. En ese momento yo estaba pasando un año en Berlín y como me había llevado todos los libros y una buena cantidad de artículos de Fred, me puse a la tarea. La terminé varios meses después; pero había escrito un texto demasiado largo para la colección de la que se suponía que debía servir de prefacio, de modo que escribí un breve prólogo a *The Cultural Turn*, y en 1998 publiqué el texto más amplio sobre la problemática de lo posmoderno y la interpretación construida por Fred del mismo en un libro breve titulado *The Origins of Postmodernity*.

En estos momentos contamos con más de una docena de libros sobre Jameson, publicados en su mayoría este siglo, y sin duda unos cuantos más están en camino. Elementos específicos de *The Origins of Postmodernity* eran su forma y algunos de los temas que incluía. Un tercio del libro seguía la génesis histórica del término y del concepto de lo posmoderno, desde la última década del siglo XIX en Perú a su cristalización en distintas formas en la década de 1970, antes de que Fred adoptase la idea y la transformase intelectual y políticamente. Otro tercio examinaba de qué formas el significado y la fuerza radicalmente nuevos que él le daba mantenían una continuidad con preocupaciones y temas específicos ligados al trabajo previo de Fred, emergiendo gradualmente del mismo para formar la primera explicación coherente del fenómeno al hilo de una concepción convincente, que acabó dominando el campo. El último tercio de mi libro consideraba la diferencia existente entre las condiciones que posibilitaron la modernidad y la posmodernidad, las alteraciones en el orden de las artes bajo la segunda, las divisiones existentes en el seno de las formas de lo posmoderno propiamente dicho, el contexto y entorno social de estas, así como de los que las precedieron. El efecto fue situar la obra de Jameson sobre lo posmoderno dentro del mundo que se disponía a describir y de sus cambios.

Varios son los temas o proposiciones que podrían considerarse específicos del libro. El trabajo de Jameson sobre lo posmoderno podría considerarse como un final grandioso del marxismo occidental, a un tiempo culminación de la vocación de dicho marxismo por la aplicación

de los correspondientes rayos X analíticos a la cultura bajo el capitalismo, por un lado, y superación de las limitaciones causadas por su eurocentrismo irreflexivo, mediante el despliegue de una imaginación que se extendía desde Extremo Oriente a Oriente Próximo, África y América Latina, por otro. Si la modernidad estaba conformada por el campo de fuerza triangular de una economía y una sociedad todavía incompletamente industriales, a menudo con elites todavía aristocráticas, de un brote repentino y dramático de innovaciones tecnológicas y, amenaza o promesa, de un horizonte revolucionario inminente, la posmodernidad era el producto de un capitalismo pasteurizado en el que ya no existían ni la aristocracia tradicional ni la burguesía clásica, ya se mostrase esta cohibida o segura de sí misma, el avance técnico se había convertido en algo ordinario y un orden social alternativo había dejado de parecer posible. «El movimiento moderno, desde sus orígenes en Baudelaire y Flaubert, prácticamente se definía como “antiburgués”. La posmodernidad es lo que ocurre cuando, sin lograr victoria ninguna, el adversario ha desaparecido». Si estaba estéticamente dividida entre la forma «ultra» de la vanguardia y la forma «citra» de lo popular y comercial, era esta última la que predominaba en la “plebeyización” niveladora de la cultura y la sociedad. ¿Podría esa plebeyización acabar reproduciendo el movimiento que para Gramsci había llevado el Renacimiento hacia la Reforma en Europa, una vulgarización, pero con difusión de avances que acabarían produciendo la Ilustración? ¿Podría el mercado resultar un disolvente democratizador, como en su momento lo fue la Biblia? ¿Zuckerberg o Musk hoy como en tiempos pasados Gutenberg o Calvino?¹⁰. No dejé mucha duda acerca de mi punto de vista. Sin hacerse eco jamás de los subtonos de pesimismo presentes en el marxismo occidental, Jameson no emitió veredicto alguno.



En aquellos años los departamentos de Inglés o de Literatura Comparada de UCLA invitaban a Fred con bastante regularidad a dar seminarios cortos sobre temas en los que estuviera trabajando, y en 2004 aportó un artículo, «Is the Historical Novel Still Possible?», a un coloquio en el que participamos también Hayden White y yo. Allí elaboré mi desacuerdo con la interpretación que Fred hacía de *Guerra y paz*, obra que consideraba un ejemplo clásico de la novela histórica teorizada por Lukács.

¹⁰ Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Londres y Nueva York, 1998, pp. 86, 102-104, 111-114; ed. cast.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Madrid, 2016.

Yo planteé una interpretación alternativa de sus secciones más estrictamente históricas, considerándolas una variante, si bien anómala, de los ejercicios de construcción romántica de la nación convencionales en la novela histórica europea durante la primera mitad del siglo XIX, cuyos orígenes radicaban en las reacciones patrióticas a las guerras e invasiones de la expansión napoleónica. En la segunda mitad del siglo, a medida que se desvanecían los recuerdos de esa época, el género tendió a declinar y convertirse en literatura de entretenimiento, aunque esporádicamente seguía atrayendo a escritores serios. Con el tiempo, sin embargo, pese a ejemplos experimentales en un registro «elevado», las formas más «bajas» de la novela histórica predominaron hasta tal punto que el género perdió todo prestigio. Era, por lo tanto, mucho más sorprendente que en el momento presente la novela histórica se hubiera convertido de repente, quizá más todavía que en el periodo en el que la analizó Lukács, en una forma elitista, practicada por escritores aclamados en todo el mundo. Ahora, sin embargo, no se sostenía ninguna de las normas del género descritas por Lukács, porque se prescindía de la verosimilitud: las épocas podían estar mezcladas, los episodios ser inventados, las figuras históricas disfrazadas, las leyes inmutables de la física libremente incumplidas. En otras palabras, como había observado Jameson, ficción en plena inundación de lo posmoderno. Quizá en ninguna otro arte, ni en ninguna otra forma de literatura, se había vuelto tan generalizado o mostraba tanta capacidad de permanencia como en esta explosión.

El ensayo de Fred y el mío vieron la luz en Brasil en 2007, país que ambos visitábamos a menudo, pero sin coincidir; y con unos cuantos cambios, mi texto se publicó en Inglaterra en 2011. Dos años después, Fred publicó una gran revisión y ampliación de sus ideas sobre la novela histórica en *The Antinomies of Realism*, una morfología de las tensiones y las transformaciones de la narrativa realista existentes en Zola, Tolstói, Galdós, Eliot y otros autores y autoras, en la que partes de su artículo publicado por UCLA en 2004 son revisados y redistribuidos en distintos capítulos, concluyendo con uno sobre la novela histórica que lleva el relato hasta el presente, seleccionando como principal muestra *Cloud Atlas* de David Mitchell, publicado en 2004. En ese capítulo Fred sostenía que en una época de capital planetario y crisis climática, el espacio y el tiempo en la ficción histórica se habían ampliado exponencialmente, hacia atrás, a la prehistoria más distante, y hacia delante, al futuro más lejano de la humanidad, afirmando que la novela histórica del futuro (es

decir, nuestro propio presente) tendrá los atributos de la ciencia ficción, una forma que ahora opera como «un ascensor inmenso que nos eleva y nos hace descender a través del tiempo, con sus subidas y descensos vertiginosos correspondiendo al estado de ánimo eufórico o distópico en el que esperamos que se abran las puertas»¹¹. *Cloud Atlas*, con sus seis capas de narrativa heteróclitas, que se extienden desde comienzos del siglo XIX hasta futuros remotos, vinculadas solo por vestigios de memoria y cada una presentada mediante distintos estilos de pastiche, representaba un ingenioso epítome de esta nueva forma.

Respondí a esta audaz perspectiva en un epílogo a mi ensayo original, observando que si las otras obras interconectadas con esta se considerasen como sendas secuencias de lo que Mitchell denominaba la Über-novela, quedaba claro que a través de la serie la ciencia ficción estaba entrelazada con la literatura fantástica, una rama cuajada de infantilismo de la industria cultural. Cada una de ellas podía hacer su propio llamamiento a lo sobrenatural, pero cuando se combinaban era probable que estableciesen una ruta directa a algún tipo de religión, y los pronunciamientos de Mitchell no ocultaban lo extremo de sus convicciones paranormales. Jameson planteó mucho mejor su defensa de las transfiguraciones de la novela histórica en la posmodernidad una década después, en un ensayo espléndido que daba la bienvenida a *Los libros de Jacob*, de Olga Tokarczuk¹².

A partir de 1984 Fred se convirtió en colaborador habitual de la *NLR*, diecinueve artículos a la postre, y en un pilar de Verso, donde publicó todos sus libros, desde *The Cultural Turn* de 1998 en adelante, dieciséis títulos en veintiséis años. Sebastian Budgen, su editor en Verso, fue responsable de esta lealtad inalterable a la editorial. Para celebrar el nonagésimo cumpleaños de Fred este año, fue él quien organizó, con ayuda de Robert Tally y Mia Schatz, «Jameson at 90» en la página digital de Verso, una serie de discusiones-presentaciones de cada uno de los libros que había escrito entre 1961 y 2024, cada una efectuada por un autor diferente, lo cual constituye una hazaña asombrosa tal vez única en los anales de la edición en línea en la anglosfera. Ciertamente, era la forma perfecta en la que Verso podía devolverle todo lo que le debía y en

¹¹ Fredric Jameson, *The Antinomies of Realism*, Londres y Nueva York, 2013, p. 301; ed. cast.: *Las antinomias del realismo*, Madrid, 2018.

¹² Perry Anderson, «From Progress to Catastrophe», en *Different Speeds, Same Furies*, Londres y Nueva York, 2022, pp. 162-166; Fredric Jameson, «The Fog of History», *London Review of Books*, vol. 44, núm. 6, 24 de marzo de 2022.

su propio ámbito también la *NLR*. Mi deuda con Fred se extendió más allá de las ideas que estimularon las mías hasta incluir muchos actos de amabilidad, sin olvidar la introducción que me propició de China, donde mi padre había trabajado como comisario de aduanas durante casi tres décadas, hecho que cambió mi vida, haciendo sanar la represión de mis recuerdos familiares y ayudando a garantizar mi felicidad personal a partir de entonces. Mi último viaje a Duke, realizado en 2008, fue para efectuar una evaluación característicamente atenta que él le había organizado sobre un libro mío sobre Europa. ¿Le di yo a él mucho a cambio? La reacción de Fred a lo que escribí sobre su posmodernidad debió de haber sido ambigua; nunca supe si estuvo de acuerdo con algo, como tampoco en qué disintió. Solo al final de su vida me dijo lo que pensaba acerca de algunas cosas que yo había escrito, no sobre él mismo. Pero un servicio, del que él no habría sido consciente, sé que le hice. Fue el de convencer a Mary-Kay Wilmers, contra la fuerte resistencia inicial, de que la *London Review of Books* debería invitarlo a colaborar. El regalo fue de algún modo inadvertido, puesto que no me di cuenta del efecto que ello podría tener sobre él. Pero escribir para una revista intelectualmente exigente, sin ser académica, producida para una gran cantidad de lectores y muy a la izquierda de su equivalente estadounidense más cercano, lo liberó. El resultado fue una escritura de una claridad elegantemente conversable y relajada, distinta del resto de su enorme producción de artículos: Jameson en estado puro, pero de un nuevo tipo, lo opuesto al estilo tardío concebido por Said.

Volviendo de nuevo a mirar atrás de manera más personal, si se me preguntara qué seguía manteniéndonos un tanto separados, pese a todo lo que nos unía, diría lo siguiente. La cultura de Fred era, por supuesto, prodigiosamente mayor, y nunca dejó de ampliar esa diferencia. Ya solo los epígrafes de sus libros daban idea de eso: Mallarmé (dos veces, al comienzo y al final), Lenin, Nietzsche, Shakespeare (dos veces, *Otelo*, *Macbeth*), Lukács, Joyce, Brecht, Pound; inesperadamente, en sus últimos años los ensayos llegaron a Spenser, Dante, Homero. Se trataba, sin embargo, de una distancia que mantenía con todo el mundo. Lo que era más específico, en comparación conmigo, era su gusto por la cultura popular materializada en el cine y la televisión (no en la música ni en el deporte). En teoría autorizado por su convicción de que no había fragmento de la ideología de cierta relevancia que no delatara un anhelo utópico de uno u otro tipo, en la práctica ello era expresivo de una sensibilidad espontánea y democráticamente inclusiva: de los otros y del

mundo cotidiano de los placeres populares, incluso cuando fuesen tributarios del comercio. No es que Fred tuviera un atisbo de populismo: en una ocasión comparó la estandarización del consumo, en los pastos labrados por los «estudios culturales», con una «barrera del sonido que confronta la euforia del populismo en cuanto hecho vital y la ley de la física en los tramos superiores del sistema»¹³. Pero su resistencia temperamental a los juicios negativos podía producir estimaciones perversamente positivas de los detritos de los estudios en nombre de atribuciones inconcebibles para quienes los consumían. Dicho esto, por mucho que yo desaprobaba algunos de sus resultados, la confianza con la que lograba moverse de los géneros cultos a los géneros menores de las artes sin el más mínimo esfuerzo ni indicio de estar actuando para la galería, era ciertamente una virtud.

Pero mientras que la predisposición de su estilo de crítica, en línea con el molde hegeliano de su marxismo, era el indicativo, descifrando las señales tomadas por prodigios en cada momento en lugar de adjudicarles sus valores, el mío ha estado siempre más cerca de lo imperativo, no en el sentido de dar instrucciones, sino criterios, aunque con cierta fuerza prescriptiva tácita. El marxismo más inmediatamente politizado que me formó dejó una huella perdurable: no una huella que confundiera la estética con la política, sino una huella que pretendía aclarar las diferencias entre ambas sin cerrar los ojos a la dignidad o la belleza en la derecha, allí donde pudieran encontrarse, y sin pasar por alto o minimizar la huella de la derecha en ellas, como muchos izquierdistas tienden a hacer; Jameson, que siempre reaccionaba contra los veredictos sectarios simplistas, también portaba su propia huella a su manera. No tanto una causa como una consecuencia de su preferencia por el indicativo fue el elemento de evitación de conflicto tácita que yo detectaba al final de *The Origins of Postmodernity*, echando de menos en sus deducciones de lo posmoderno «una percepción de la cultura como un campo de batalla, que divide a sus protagonistas», olvidando que incluso un Kant a menudo citado veía la filosofía como un *Kampfplatz*. Y tampoco la política fue alguna vez solo eso: la división entre amigo y enemigo teorizada por Schmitt no la agotaba, pero era inseparable de ella. Esa es la verdad que Marx entendió, la cual tenía en mi opinión, por otro lado, un lugar demasiado intermitente en los textos de Fred.

¹³ Fredric Jameson, «On Cultural Studies», *Social Text*, núm. 34, 1993, p. 51.

¿Por qué? Se deducía, pensé yo, de su afirmación de que la «falta de reflexión política autónoma» en el marxismo no era un fallo, sino una virtud, porque, como la variante de maximización de la utilidad en la Escuela de Chicago, su pensamiento político se limitaba a cuestiones de la organización económica de la sociedad *sans plus*. «Tenemos mucho en común con los neoliberales, de hecho, prácticamente todo, ¡excepto los elementos esenciales!»¹⁴. El signo de exclamación sugiere una provocación lúdica, como sin duda era en parte. Pero también se correspondía con lo que de hecho era un vacío en su obra. Que Fred era una persona total, dedicada y clásicamente política está fuera de toda duda: mientras las bombas estadounidenses lanzadas por Israel desde aviones estadounidenses vuelven a sacudir Beirut, las descripciones que Fred hizo de cómo era la ocupación israelí del sur de Líbano y su marioneta, el mayor Haddad, cuando él estaba allí en la década de 1980, vuelven a la memoria. Pero solo uno de todos los libros que publicó podría considerarse explícitamente político, una empresa colectiva publicada tres décadas después, *An American Utopia*, texto en el que su propuesta de utopía ocupa la tercera parte del volumen y el resto son reacciones de nueve de sus amigos. En él, sostenía que era el Ejército estadounidense, desmilitarizado, desprovisto de rangos y extendido a toda la población adulta, el que podía —con su educación, vivienda y atención médica gratuitas— tomarse como anteproyecto de un Estados Unidos utópico más allá del capitalismo, que debía alcanzarse extendiéndose gradualmente como un poder dual dentro del país, superando las barreras que un federalismo tan calamitoso para la democracia y el progreso como el de la Unión Soviética o el de Yugoslavia habían demostrado ser, en una sociedad futura subdividida libremente de acuerdo con el espíritu de Fourier.

Cuando me preguntó mi opinión sobre un borrador de lo que él denominó «un experimento mental político un poco extraño», dos años antes de que se publicara el libro colectivo, expresé mi simpatía por el proyecto, pero comenté que tendría sentido «bloquear de antemano las reacciones predecibles». Ahí me pareció que podría aprovechar las *Noticias desde ninguna parte* de Morris como «escenario vívido de cómo un poder supera a otro, antes de que el poder en sí mismo se disuelva», mientras que «el efecto del ejército en *American Utopia* va a cortocircuitar la distancia entre ambos». Cuando amplió y publicó su propuesta, Fred

¹⁴ Fredric Jameson, *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres y Nueva York, p. 265; ed. cast.: *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*, Barcelona, Verso Libros, 2024.

duplicó su rechazo a lo que no hacía falta. «Seguiré disparando siempre a la teoría política –escribió– y explicaré mi posición fundamental, a saber, que los elementos esenciales de la teoría política los estableció hace tres mil años Polibio en su codificación de los tres tipos de gobierno (o de Estado) y las formas degeneradas de dichos tipos». El pensamiento utópico era algo distinto, que en la actualidad requería una «revisión del famoso apotegma de Gramsci, que podría ahora decir lo siguiente: cinismo de la inteligencia, utopismo de la voluntad»¹⁵.

Su esquema, aunque él consideraba que parte de él era pertinente en otras partes, era agudamente estadounidense. De esto podría decirse que, en lo que al sistema político se refiere, el cinismo de la inteligencia no era en ningún lugar más pertinente; incluso más allá de la izquierda, sus dos partidos recordaban –John Mearsheimer *dixit*– a Tweedledum y Tweedledee. En general esa era sin duda también la opinión de Fred. Pero como prácticamente todos los izquierdistas que crecieron en los años de McCarthy, Fred seguía teniendo un miedo especial a las ramas nativas de la extrema derecha, cuyo hábitat se encontraba dentro o alrededor del Partido Republicano, un instinto que cuando se activaba podía atemperar su actitud hacia las decepciones del Partido Demócrata. Si la llegada de Trump era un desastre, Clinton y Biden se convertían en males menores. Era lo opuesto a una veta profunda en su carácter, aunque no una que yo compartiera. La menciono solo porque él la toca, con su característica ironía histórica, en el primero de nuestros intercambios de correspondencia, con los que puede terminar este recuerdo. Lo que sigue está levemente editado, para eliminar saludos, normalizar puntuación y mayúsculas, etcétera. Era muy parco con los emails, cuando finalmente se acostumbró a ellos.



¹⁵ Fredric Jameson, *An American Utopia*, Londres y Nueva York, 2012, p. 22. Adam Tooze ha llamado recientemente la atención de sus lectores sobre el libro, reproduciendo un sustancial fragmento con el comentario: «La extraordinaria propuesta de reclutamiento universal y de un ejército de ciudadanos efectuada por Fredric Jameson marcó un giro verdaderamente extraño del pensamiento radical estadounidense en tiempos de Trump», en *Chartbook Top Links* 525, 5 de octubre de 2024. Pero ¡ay!, la propuesta se hizo durante la presidencia de Obama.

Marzo de 2017

FJ: Tu artículo realmente deprimente, en especial sobre Obama, aunque difícilmente podría ser de otro modo¹⁶; nosotros, los marxistas estadounidenses, somos Demócratas igual que los romanos escogían una religión específica entre muchas, sin creerla, excepto a modo de pasatiempo nostálgico.

PA: Gran analogía, pero debo responder: ¿y Lucrecio?

20 de febrero

FJ: La reseña de Franco es maravillosa, por supuesto, además de útil; pero en ella no hay nada que sugiera que aprueba ninguna de estas artimañas alegóricas¹⁷. Aun así, debo darle las gracias, sin duda...

PA: Tal vez aprobación no sea la *mot juste*, sino fascinación, admiración, cordialidad, ciertamente.

Abril de 2022

PA: Deliciosa cabalgada por *The Jacob's Books* [de Olga Tokarczuk]. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba algo tanto. Me ha traído también a la memoria recuerdos de que en algún momento me habías hablado de una temprana temporada pasada en Polonia, cuando todavía eras un posgraduado, ¿o me equivoco?

FJ: No, fue más tarde. Teníamos un amigo en la embajada, que luego fue embajador. Pero sí pasé por una fase polaca, incluso aprendí un poco de polaco. ¿Has visto mis ensayos sobre Prus, *La muñeca*, o sobre Kieslowski?¹⁸ (no un interés cabalístico, sin embargo, ese llega a través de Benjamin). Tampoco me ha gustado nunca el positivismo lógico de

¹⁶ Hace referencia a mi artículo «Pasando el bastón de mando», *NLR* 103, marzo-abril de 2017.

¹⁷ Franco Moretti, «Alegorizar siempre?», *NLR* 121, marzo-abril de 2020, reseña del libro de Jameson *Allegory and Ideology* (2019).

¹⁸ Véase ahora Fredric Jameson, «A Businessman in Love», *Inventions of the Present*, Londres y Nueva York, 2024, pp. 221-233; y «Dekalog as Decameron», en Sean Homer y Douglas Kellner (eds.), *Fredric Jameson: A Critical Reader*, Londres, 2004, pp. 211-222.

los polacos, ni su catolicismo. ¡Pero la edad de oro del cine polaco! El único país de Europa oriental que verdaderamente ha tenido una.

PA: Soy desde hace tiempo un gran admirador de ese ensayo tuyo sobre *La muñeca*, una de las novelas favoritas de mi hermana. Coincidió contigo acerca del catolicismo y del positivismo lógico en Polonia, aunque podrías haber añadido el antisemitismo. Paré allí de vuelta de Rusia en 1957 y me asombró la expresión abierta de antisemitismo imperante: conocí entonces a un actor joven, al que más tarde he visto a menudo en papeles protagonistas y secundarios en películas polacas, que hasta elogiaba a Hitler.

Admito que en el periodo poscomunista, el cine rumano me parece el más interesante de Europa oriental.

Noviembre de 2022

PA: Sebastian me ha enviado los contenidos de la colección derivada de la *London Review of Books* que tienes en mente. Al ojearlos, se me ha ocurrido que podría añadirse atractivo a la idea dividiendo los textos en dos grupos, uno que presente solo tus reseñas de novelas (casi todas contemporáneas) y el otro que incluya los artículos de uno u otro tipo sobre las diversas teorías que analizas, en ambos casos sumando a los textos de *London Review of Books* unos cuantos de la *New Left Review* y quizá otros similares, que has publicado en diferentes revistas de Estados Unidos o de otras partes; ello daría para dos libros de unas doscientas páginas cada uno. Adjunto esquemas. Una ventaja de esa división no solo sería hacer comprender a los lectores el enorme alcance geográfico de las literaturas de las que están tomadas las novelas, sino también eliminar tergiversaciones acerca de tus escritos sobre las obras de ficción, como en ocasiones ha pasado con Terry y otros, que consideraban que te ocupas pura y simplemente de cuestiones de forma. Obviamente, esto no es más que una duda o una anotación mía al margen de la lista de contenidos que he recibido, junto con tu prefacio placentero y vital. Ignóralo si no es adecuado.

Al reeditar ese artículo de *London Review of Books* sobre la novela histórica, he intentado comprender lo que has escrito desde el debate con Hayden en UCLA, aunque no estoy seguro de haberlo conseguido, pero ciertamente con el placer de volver a los argumentos que presentaste al

respecto. Mientras tanto, con la inminencia del centenario, los proustianos deberían estar cayendo sobre mí como los lobos de Senaquerib sobre el rebaño.

FJ: Te escribiré más sobre tu nuevo libro en breve¹⁹. No soy del todo contrario a tu propuesta, pero me había parecido que supuestamente debería ser una especie de celebración de la relación de Verso/*New Left Review* con la *London Review of Books*. ¡Me gustaría incluir también un articulito haciéndole a Henry James algo parecido a lo que tú le haces al pobre Marcel!

Enero de 2023

FJ: La razón de que haya tardado tanto en reconocer tus ensayos generosos y muy estimulantes acerca de la novela histórica es que me he dedicado a leer diligentemente en su totalidad *A Dance to the Music of Time* de Powell, y estoy también inmerso en la lectura de su autobiografía, tareas ambas muy entretenidas que por fin se iluminan recíprocamente. Powell es ciertamente muy inglés y Proust muy francés, precisamente en las relaciones de clase, de acuerdo con las cuales la aristocracia de Proust, al haber perdido poder, está muy alejada de la Historia (excepto en el caso de la relación de Charlus y los Verdurin con los alemanes y Alemania, el arte moderno en Múnich, etcétera), mientras que la mezcla de aristócratas y plebeyos de Powell la admite a grandes bocanadas. Pero ciertamente el chismorreó es sin duda la principal materia prima en ambos, en el caso de Powell, la pareja, el matrimonio y el divorcio; en Proust, las revelaciones más escandalosas que yo consideraría reversiones. ¿Son estos menos creíbles o eficaces que los divorcios de Powell, etcétera? No estoy seguro y sigo pensando que Saint-Loup, por ejemplo, es algo más creíble –*vraisemblable*– que Widmerpool, cuyas metamorfosis me cuesta bastante creer o seguir. Y por supuesto la distancia del narrador respecto a todo lo que observa (el silencio que guarda acerca de su propia vida personal, como en su autobiografía) quizá sea más frustrante que Proust (cuyos celos obsesivos y mórbidos, sin embargo, ciertamente agotan a cualquiera; interesante observar que tanto él como Joyce padecían celos enfermizos, cada uno a su manera). Puedo coincidir con muchas de tus opiniones en la comparación sin dar el paso final: seguramente uno relee a Proust mucho más a menudo y con mayor satisfacción que a Powell, y seguramente eso se

¹⁹ Perry Anderson, *Different Speeds, Same Furies*, Londres y Nueva York, 2022.

deba a que su prosa extraordinaria está llena de una enorme percepción; hay en juego aquí un esteticismo que, hasta donde yo llego, está completamente ausente en Powell. Pienso que lo practicó primero en las cartas que les escribió a sus duquesas y después lo adaptó a algo parecido a una constante explicación susurrante de todo al oído del lector. Es en verdad un tipo de escritura peculiar y una explicación de la percepción, y es obviamente algo que uno no quiere todo el tiempo. Pienso que tienes razón acerca de la superioridad de la forma de Powell, los grandes clímax orgiásticos al final de cada volumen, o quizá dos por volumen. Pero el extraño material de culto del final —entiendo que ha estado preparado por modas pasajeras de la década de 1920, como Crowley y autores de la misma cuerda ¿¿¿pero después de la guerra???: me parece históricamente insatisfactorio y me pregunto con qué se corresponde en el conservadurismo de Powell. Si nos fijamos en las grandes novelas históricas inglesas, nos topamos con *Parade's End*, para mí una de las más grandes, y supongo que también profundamente reaccionaria de igual modo. (¡Por cierto, Butor pensaba que, si Proust hubiera vivido, sencillamente habría seguido y seguido con el relato, deduce él, basándose en *Le temps retrouvé*, ¡y que el narrador se habría casado con *mademoiselle Swann!*). Pero por supuesto detestaba la mera idea de *bonheur*.

En todo caso, son estas tan solo unas cuantas reacciones y me gustaría poder hablar más sobre esto (no conocía esta problemática, cuando escribí sobre *Cloud Atlas* al hilo del análisis del material fantástico de Mitchell, lo cual no mejora mi estima por él, sino que simplemente confirma mi idea de que las «grandes obras» posmodernas son invenciones que no se repiten).

PA: Gracias por tu carta maravillosa, capturas fenomenalmente a Proust y a Powell y con una gran economía de medios. He estado pensando toda la semana en lo que dices. Básicamente, coincido con tu caracterización de la estética de Proust y también me parece la razón por la que es posible releerlo una y otra vez. Terry Eagleton me escribió con la misma observación. Pienso que me dejó desalentado demasiado por la combinación de su beatificación en el mundo académico y su mercantilización en la industria cultural, y hay que olvidar las dos para poder transmitir su verdadera grandeza. En cuanto a Powell, era más consciente del impulso de reparación que tiendo a experimentar con figuras que me parecen injustamente marginadas o descuidadas, y eso puede hacerme prestar menos atención a sus debilidades; sin duda tienes razón acerca de su

juego final con el crowleyismo. Dado que siempre me he considerado mucho más alejado de Inglaterra y de la inglesidad que tú de Estados Unidos y de lo estadounidense, no deja de parecerme un tanto extraño que haya acabado celebrando una figura como la de Powell.

Marzo de 2023

FJ: Perry, te mando mi propuesta de novela, dime qué te parece. Después de terminar *Dance to the Music of Time* me puse con la autobiografía (abreviada) de Powell, que me ha asombrado: ¿en cualquiera de los capítulos hay más nombres de personas que la totalidad de gente que yo he conocido en mi vida! ¿O es esto una sociabilidad específicamente británica (o de la intelectualidad o la clase alta británica)? ¡Pero sin duda es también un relato de observación pasiva! En la actualidad estoy trabajando en hacer más legible mi seminario sobre la teoría francesa. ¡Una tarea retrospectiva, pero los proyectos contemporáneos aceptables parecen cada vez más escasos! Espero que tú y Chaohua estéis bien; pregúntale si vale la pena leer o ver alguna de las novelas o las películas chinas recientes. Tenía esperanzas con Xi Jinping, pero obviamente me equivoqué.

PA: Tu propuesta de novela es perfecta. Incluido el título. Verso la recibirá con entusiasmo. Dos preguntas: ¿está escrito ya el artículo principal sobre Mailer? Y, ¿cuál es la distinción entre los textos de la Parte II y la Parte III? ¿No es cronológico, cierto, porque la parte III contiene a Knausgaard y a Tokarczuk?

Chaohua dice que el principal problema de las novelas chinas es que se traducen muy pocas y no siempre las más interesantes, a menudo las escogen por puras razones comerciales. Está comprobando qué hay ahora disponible, buena parte tan retrasado que cae de lleno en la Alegoría Nacional, más de hecho que cuando tú acuñaste la categoría. Últimamente lo más importante es la ciencia ficción china, de cuyo escritor estrella, Liu Cixin, es admirador el expresidente Obama, probablemente en parte por simpatía hacia la deriva política no demasiado subliminal de su obra más conocida. Hay muchos otros escritores, aunque no siempre mujeres.

En cuanto al cine, supongo que has visto *Elephant Sitting Still* de Hu Bo, en mi opinión personal un caso en sí misma, que Chaohua y yo vimos

en Brasil, cuando todavía no se conocía en la anglosfera. La *NLR* publicó un artículo sobre ella, mucho mejor que todo lo publicado en chino, me dicen²⁰, te lo adjunto, aunque tal vez sea llevar carbón a Newcastle [llevar leña al monte], como decimos en Reino Unido...

Enero de 2024

PA: Al regresar a Londres he visto que me has enviado *Inventions*. Una de tus mejores portadas para una de tus recopilaciones más absorbentes y seductoras. De todos tus libros, es el que abarca un lapso de composición cronológica más largo y un ámbito geográfico de autores más amplio. Leyendo todos los textos iniciales que no conocía, desde Dickey/Mailer hasta *The Wire*, y releendo los que sí conocía (tomados en su individualidad, incluso esta vez con la solidez de tu Knausgaard, por la senda oblicua definida por la especie de pareja que forman Prus y Pontoppidan, por no hablar del tremendo final de Tokarczuk), he terminado el libro con entusiasmo.

²⁰ J. X. Zhang, «El barrito del elefante», *NLR* 131, noviembre-diciembre de 2021.